

Argentina: la emigración como una constante de la década que termina

por Gregorio SELSER

Desde que el investigador argentino Enrique Oteyza iniciara a comienzos de los años 60 sus estudios sobre la succión de técnicos, científicos y profesionales de los países periféricos desde los países centrales industrializados del área capitalista, el **brain drain** o **drenaje de cerebros** se constituyó en un tema recurrente en ciertos países hispanoamericanos, especialmente los que resultaban las víctimas principales de ese proceso: Argentina, Brasil, Colombia, Chile y México.

El problema mereció en su momento la atención de una comisión especial de las Naciones Unidas, que redactó un informe exhaustivo, con sus correspondientes conclusiones, diagnósticos y posibles terapias. Hoy ese informe, sin ser obsoleto, requiere correcciones y actualizaciones, derivadas de la circunstancia de que el fenómeno, por lo que respecta a Hispanoamérica, no sólo no ha decrecido sino que ha aumentado hasta alcanzar magnitudes insospechadas una década antes.

EMIGRACIONES ECONOMICAS

La tónica presente en los estudios de Oteyza y de las Naciones Unidas era de carácter económico. La comunidad científica - técnico - profesional emigraba a países como Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá y Francia atraída por perspectivas de remuneración y de mayores posibilidades de investigación y/o capacitación en un sector no desdeñable de universitarios.

A mediados de la década de los 60, con la iniciación de las experiencias de gobiernos militares inauguradas por el cuartelazo de marzo de 1964 en Brasil, se agregó un nuevo ingrediente a las emigraciones: el político - ideológico. Universidades y centros de investigación comenzaron a ser "purgados" por ser sospechados de asiento de militantes comunistas o simplemente izquierdistas. Los matices suelen ser en tales casos irrelevantes, y la tardía implantación de los peores tíes del macartismo estadounidense asumió la forma de una colosal sangría intelecto - cultural escudada tras las confortables razones teóricas de la Seguridad Nacional.

Brasil comenzó a ser culturalmente vaciado por el prejuicio y la estupidez, y hombres y mujeres en cuya formación y preparación el país había gastado centenares de millones de dólares, emprendieron caminos de un obligado destierro. Aun en los casos en que no hubo premeditación y señalamiento o etiquetación de científicos y técnicos, muchos de éstos optaron de todos modos por ausentarse, desde que la atmósfera de terrorismo intelectual hacía irrespirable el ambiente y convertía a éste en el campo menos propicio para el pensamiento, la creación, la investigación. Algún general hubo que descubrió, con años de retraso, que el arquitecto Oscar Niemeyer, que jamás ocultó su filiación comunista, había trazado los planos de Brasilia fundado en "inspiraciones y objetivos marxistas".

LA SANGRIA DEL ONGANIATO

El ejemplo brasileño no tardó en ser imitado y hasta superado en Argentina, cuando a fines de junio de 1966 triunfó el cuartelazo con el que el teniente general Juan Carlos Onganía inauguró la prime-

ra experiencia de transnacionalización de la economía, prueba que recibió el pomposo nombre de "Revolución Argentina".

Al cumplirse el primer mes del cuartelazo, Onganía resolvió la intervención de la Universidad, y religioso y cursillista como era necesitó consagrar su decisión con un ritual impetratorio al mismo tiempo que militarmente disuasivo. Hombre del arma de Caballería, como toda la logia que gestó el cuartelazo que derrocó a uno de los más democráticos, honestos y progresistas gobiernos constitucionales que tuvo el país, autorizó al jefe de la Policía Federal a actuar según el arcaico modelo de Atila. La llamada "Noche de los bastones largos", a fines de julio de 1966, mostró a un asombrado país el tipo de violencia áulica, gratuita e irracional, descargada sobre una masa de estudiantes, maestros profesores, e investigadores inermes y desprevenidos, que se instauraba e instalaba para acallar toda posible oposición. Como la dirigencia sindical se dividió entre el apoyo al cuartelazo y una pasiva y aquiescente neutralidad, los garrotazos, patadas y trompadas de aquella noche indicaron claramente a qué sector identificaron los golpistas como susceptible de resistir a sus objetivos.

A continuación sobrevino el éxodo masivo y pronto de los universitarios. En la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) renunciaron, en acto de solidaridad con los apaleados, sus 102 colaboradores, perdón, 101, porque se le pidió al consérje que permaneciera en su puesto, al menos para poder entregar las llaves del edificio a la galopante tropa del onganato. Instituciones académicas de Europa, Estado Unidos, Canadá, México, Venezuela, Chile y Uruguay, no tardaron en acoger a casi dos mil investigadores, técnicos y profesores. Pero el dato más grotesco lo proveyó el Brasil de los militares, al invitar a los argentinos a cubrir las vacantes y vacíos que su similar conducta irracional había ocasionado en su propio territorio.

DRENAJE NO

INTERRUMPIDO

Desde el Onganiato hasta hoy el éxodo, salvo un breve período entre 1972 y 1974, no sólo no se interrumpió, sino que se acrecentó. Falta estudios del último quinquenio, que ordenen, metodicen y evalúen los datos dispersos sobre el drenaje técnico - científico que, además de Argentina, asoló a Chile y Uruguay. De Brasil se cuenta ya con estudios bastante aproximativos, que quizás se completen orgánicamente ahora que se está produciendo el retorno masivo de la capa intelectual y universitaria que emigró a partir de 1965.

De la preocupación que está ocasionando a la Argentina esa pérdida de "capital invisible", como suele llamarse al constituido por los cerebros de un país, viene dando cuenta una serie de crónicas publicadas en el periódico desarrollista **Clarín**, de Buenos Aires. El último, titulado "Movimientos migratorios latinoamericanos" (en **Suplemento Económico**, pp. 12-13, 25 de noviembre de 1979), considera a "la emigración de argentinos como una constante de la última década", si bien reconoce que "se carece de cifras relacionadas con los años recientes". Sin embargo —agrega—, los datos disponibles, de "gran

elocuencia", más los diversos indicadores, "hacen presumir un agravamiento de la tendencia: en los últimos 8 años se registra una permanente emigración de argentinos nativos, con un promedio anual cercano a las 20 mil personas".

Clarín subraya que, "por lo que se sabe, se trata de personal calificado que no encuentra condiciones adecuadas de ocupación, lo que deriva del escaso dinamismo del principal polo industrial del país. Mal podría constituir, de por sí, un área de atracción quien es, a su vez, un área expelente crónica de población". Explica además que el núcleo urbano constituido por las principales ciudades, especialmente Buenos Aires, área metropolitana que comprende 9 millones de habitantes, es decir, que concentra el 40 por ciento de la población total del país, sigue incorporando habitantes de menor calificación (migración interna desde áreas rurales) y expulsa personal más calificado (migración externa), fenómenos a los que visualiza como "consecuencia inmediata del estancamiento productivo y la falta de innovación tecnológica".

El periódico observa también que esa descompensación procura equilibrarse mediante la recepción de inmigraciones procedentes de países limítrofes, que en una primera etapa actúan como sustitutivos de los vacíos generados por los éxodos nativos. De todos modos, esa sustitución procedente de países como Chile, Uruguay, Bolivia y Paraguay sólo alcanza a determinadas ocupaciones y oficios, ninguno de los cuales abarca al sector del "capital invisible" desechado pues, por los ejemplos de Chile y Uruguay, se percibe que a su vez fueron drenados desde años atrás por razones económicas tanto como políticas.

El análisis de **Clarín** se detiene en este último y ríspido tema. También aquí, sin embargo, la mezcla de motivaciones económicas propiamente dichas y las políticas, es tan complicada como la realización de un censo mundial de emigrados argentinos que abarque períodos tales como los del "primer impulso" hacia afuera, en la década de los 50, el "segundo impulso" en la década siguiente, con énfasis especial en el fenómeno del Onganiato, y finalmente el "tercer impulso" que, contra lo que pudiera suponerse, se inició antes de 1973, si bien se intensificó gigantesca-mente a partir de 1976.

Como se reseña en otra crónica de **Clarín** que comentaremos en una futura oportunidad, cálculos informales que circulan en la Secretaría de Ciencia y Técnica argentina, estiman en un número cercano a las 10 mil personas anuales de alta calificación, las que se van del país en los años 70, orientando sus preferencias a sitios tan dispares como Venezuela, Ecuador, Brasil, Colombia, España, Francia, Estados Unidos, Australia, Sudáfrica, Arabia Saudita e Irán. **Clarín** ilustra el fenómeno de la desocupación económica con un chiste relatado por un profesor de Termodinámica de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires: cansado de buscar inútilmente empleo, un flamante ingeniero electrónico, al borde de la desesperación, se emplea como domador de leones en un circo. El día de su debut, ingresa en la jaula aterrizado. Cuando se acerca, látigo en mano y temblor en todo el cuerpo al león, escucha asombrado que de su boca salen estas palabras: "No tengas miedo, flaco, que yo también soy ingeniero electrónico sin empleo".